

Testimonio desde el Instituto E. Mounier

CARLOS DIAZ

Carlos DIAZ es un cristiano comprometido en el mundo de la cultura. En su empeño por hacer de la fe cristiana una cultura, enseña en la Universidad, escribe libros, da charlas..., y anima el Instituto Emmanuel Mounier.

I: Demos, pues, testimonio, ya que se nos pide, sobre el sentido de nuestra tarea en el Instituto Emmanuel Mounier, donde un breve colectivo de hombres y mujeres trabajamos desde hace cinco años con renovada ilusión y microutopía activa, a pesar de nuestro enemigo natural, la soledad, y su inevitable acompañante, la pobreza, lo cual, sin embargo, no nos mina la moral porque, al menos en teoría, sabemos con Mounier que no hemos nacido para el éxito sino para el testimonio, y que no nos toca a nosotros echar cuentas de otra cosa que no sea del mantenimiento enhiesto de una buena voluntad, tan sólo por eso convertida en voluntad buena. Esto no significa, claro está, que busquemos el fracaso, o que confundamos la propia torpeza de nuestra gestión con la adversidad cósmica.

II: Tenemos, en todo caso, historia, y además creemos que esto es inevitable a pesar de que sólo se apueste hoy a la carta más alta del presente sin pasado, como si pasado, arruga, y decadencia se contrapusieran a presente, tersura, y progreso. No sólo tenemos pasado, sino que ponemos el pasado en el horizonte del futuro, o, dicho, más sencillamente, no queremos renegar de nuestra genealogía, pues nuestra es la ascendencia de quienes desde la más remota antigüedad quieren el amor antes que el odio, la solidaridad mejor que la solitaria, y la creatividad crítica por encima de la repetición mecánica de

los meros dogmas sociológicos; en suma, nos reconocemos en la tradición que afirma al hombre como fin en sí mismo, como persona y no como cosa, como ser y no como tener. Dicho aún sociológicamente de otro modo: Nos va el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad». A unos, desde su raíz cristiana, a otros, desde su raíz humanista. Es esa raíz la que nos hermana. Y la que hasta ahora no nos ha separado, pues el hombre es el mejor argumento para el diálogo entre personas con distinta opción ante la trascendencia.

No es fácil recibir este hermoso relevo generacional, cuando los anteriores relevistas llegan cansados a la meta y dejan caer a nuestros pies el testigo. Pues los viejos maestros humanistas o han muerto, o están en el poder, o se reconfortan en la decepción domesticada. Tenemos la impresión de que, en esta era de antihumanismo y de neoliberalismo pragmático, hemos llegado demasiado tarde para la revolución, y demasiado pronto para el renacimiento. Precisamente, sin embargo, nuestra tarea es ésa: reconciliar a Marx y a Kierkegaard, tarea en que Mounier puso mucho énfasis y en la que estamos aún hoy, pues las cosas no irán bien sin un hombre exterior a la altura de un hombre interior, y viceversa. Pero en esta España cansada de hombre interior, ávida de exterioridad, ésta no ha llegado porque aquella ha faltado. Por todo ello creemos tan urgente como perenne e inédita la «revolución personalista y comunitaria». Pues lo que se hace sin formar una mentalidad carece de sentido.

III: Queremos, pues, partir del rostro del hombre,, y además con la colaboración de la mayor cantidad posible de rostros. Ahora bien, tengo que confesar mi decepción, aún no del todo superada, por la escasa acogida de este proyecto, que sería algo así como un proyecto hombre, al menos por la urgente necesidad de recuperar lo vivo que hay en la cultura muerta y en la decaída Europa, así como de insuflar nuevo hálito.

Pero, como se decía, a este propósito no se han sumado los intelectuales mejor formados en la línea personalista que suponíamos potenciales constructores del proyecto. ¿Por qué? ¿Por qué han llevado su individualismo hasta el límite de preferir trabajar como decanos, catedráticos, profesores, o militantes a niveles individuales, dando salida a su testimonio en acciones profesionales y subjetivas, en lugar de retomar el proyecto común en orden a la regeneración de un tejido humanista? No sé contestar aún a esta pregunta, pese a su reiterada formulación a quienes precisamente han rehusado colaborar. Prefiero pensar por mi parte que no ha sido el temor a verse desdibujados en un colectivo, ni la siempre anárquica rebeldía frente a lo comunitario, ni la búsqueda de pureza absoluta que podría perderse participando de un

colectivo nominado inevitablemente (aunque no servilmente) «Mounier», todos cuyos planteamientos pudieran no compartirse absolutamente, etc.

En general, acaso para no desairar, estos amigos no co-laborantes alegan estar trabajando ya en la misma causa desde distintos ángulos y en similares organizaciones, no pudiendo sumar sus esfuerzos a una nueva que no ha demostrado hasta el presente ser más operativa que las demás, ni alcanzar un perfil definido en lo teórico.

Sea como fuere, desearía pensar que sus resistencias se deben sencillamente a que estos amigos que comparten una perspectiva básicamente personalista (con un personalismo que no es unívoco ni excluyente, sino analógico y constituyente desde muy diversos rincones de la teoría) no creen que haya llegado el momento de laborar en común. Tal vez eso se deba a su vez a que su percepción del momento histórico es más laxa, más relajada que la nuestra, y no les parezca tan despersonalizado el humus cultural y vital de nuestra sociedad, pudiéndose por ende mientras tanto permitir trabajar en solitario. Me resisto a pensar que, por el contrario, el único móvil de ese trabajo no comunitario sea el egoísmo, y estoy de buen grado dispuesto a aceptar incluso que puede haber más egoísmo en el trabajo en grupo, donde a veces se encubre el mutuo fallo.

Así las cosas, y por si un día quieren arrimar su estimable esfuerzo a este proyecto, que sólo será lo que quiere ser con su inestimable concurso, había que comenzar a constituirse. Por esto hemos nacido como hemos podido, y muy débiles: Estudiantes, gentes de base de buena voluntad, religiosos y creyentes sobre todo (pues los humanistas agnósticos del pasado han orientado su humanismo hacia otros derroteros, o le han dado unas largas y europeas vacaciones). Quedamos, pues, a la espera de la colaboración de los «maestros pensadores» del personalismo actual de nuestro país, escasos aunque valiosos, y nuestro S.O.S. vuelve aquí a lanzarse.

IV: Pues, en efecto, es menester reorientar los valores cuando ellos padecen una feroz crisis nihilista, y orientarlos en favor del hombre, sin beaterías ni retrogradaciones, ni escolásticas ni fosilizaciones, sin nostalgias ni fobias, sin dogmatismo ni revanchismo, antes al contrario con la profunda convicción de que al menos es tanto lo que queda por descubrir como lo ya descubierto y tanto lo por remover como lo ya removido. Defender la causa del hombre exige una reelaboración profunda de todos los reflejos del espíritu y de todas las hábitos de la praxis.

No nos sirven las inercias, los tópicos, o las lecturas hacia el interior de los conversos; es demasiado desagradable el olor a estanco en los colectivos que se baten en retirada, y a ellos les proponemos renovarse hacia el diálogo con los aún no conversos, con los «diversos», pues se aprenderá de ellos y se aprenderá con ellos, y quizá así se les pueda también enseñar. No basta a tal efecto ser honrado; como la mujer del César también hay que parecerlo.

Con dolor decimos que los colectivos donde el humanismo se había refugiado (el cristianismo sobre todo) no está hoy ilustrado, no ha hecho el esfuerzo necesario para comprender categorías de la modernidad de las que actualmente no se puede en modo alguno prescindir; pero con no menor dolor vemos que los modernos agnósticos atacan y menosprecian los valores cristianos cuyo humanismo no han llegado a conocer, quizá por culpa de una desafortunada escolarización en colegios nominalmente religiosos, y por la identificación de la causa cristiana con las concausas del franquismo.

A unos y a otros les recordamos que un país no nace a la democracia ni adquiere carta de naturaleza dialógica con esta mutua reclusión y esta recíproca animadversión. Y a unos y a otros, si aún están interesados en una civilización mejor donde las personas sean más felices y la estética de la solidaridad vaya de consuno con la ética del apoyo mutuo, a unos y a otros les decimos que es urgente rehacer la cultura del hombre. Y se lo decimos porque son muchos los que no quieren esta cultura del hombre, aunque luego en los niveles privados, allí donde no llegan los ecos de la prensa, pidan ser tratados con humanitarismo, pues nada puede construirse fuera de las causas humanas.

No basta con una buena voluntad ética en tal sentido, hay que elaborar una magnífica metafísica y una esplendente teoría cuando se quiere una gran praxis, que es en último extremo el poder de la teoría. Si ellas, cualquier discurso vital fallará pronto. No todo habrá de moverse, empero, en el ámbito de la teoría, pues el acontecimiento siempre tendrá para nosotros el carácter de maestro interior, y de rector de la teoría, lo que nos hace más fácil el anclaje en la realidad.

En lo social, ámbito donde los breviarios de podredumbre alcanzan a la sazón unas cotas apoteósicas, no queremos proponer bellas utopías incapaces de traducirse en otra cosa que en meros tópicos. Pero cualquier utopía, por mínima que fuere, tendremos que encarnarla. Esto constituye una no parva dificultad, porque nosotros somos jóvenes y no hemos nacido bregados en una militancia comprometida, al fin y al cabo somos hijos de Europa y encarnamos sus vicios. Tenemos que aprender lo que queremos enseñar, y a tal efec-

to necesitamos aprender a compartir, a vivir de otro modo, a sustituir el magisterio de la sospecha por el ministerio de la ingenuidad. y si antes lamentábamos la ausencia de maestros pensadores, ahora apuntamos hacia la urgencia de maestros de vida. Vosotros, los más cuajados en esta praxis, tenéis al Instituto Emmanuel Mounier esperándoos con el corazón y con la cabeza. Desde la pluralidad de carismas os decimos: Personalistas de todas las vocaciones, uníos.

V: Pero todavía hemos de poner el dedo en otras llagas. Hay llagas de derecha, llagas de izquierda, y, para que no falten, llagas de centro.

Llagas de derecha: Si publicas en el periódico «YA», que tanto presume (o presumía) de humanismo cristiano —y lo sabemos por haber padecido la experiencia— pronto tendrás que dejar de hacerlo, a no ser que para continuar tengas que renunciar a criticar el armamentismo, el capitalismo, y otras causas del «orden», que tanto se parecen a lo que Mounier estigmatizaba como «desorden establecido».

Si te reúnes con «intelectuales católicos» para ver cómo se responde a la crisis epocal, compruebas con estupor inenarrable que, en la primera ocasión, optarán por celebrarlo promoviendo un gran congreso para conmemorar la conversión de Recaredo al catolicismo en nuestro solar patrio. En la segunda ocasión comprobarás de nuevo cómo ellos no cegaron en el empeño, volverán a la carga para pedir un gran congreso de macrointelectuales europeos tratando así de apabullar a los incrédulos con nombres ilustres y luces y taquígrafos, en orden al «seguimos siendo más que ellos». Y esto, por amargo que sea, lo hemos presenciado entre los que se supone deberían ser intelectuales cristianos. Al parecer los males de que se quejan tan amargamente se resuelven fácilmente por esas vías tan castizas.

Y si te asomas a los lugares en que se presume de renovación teórica, y donde no sólo se presume sino que también se asume, verás que allí, tratando de evitar la confusión de la religión con la ética y de purificar la identidad de la fe, se acaba viviendo como si la ética no tuviese importancia, y de este modo se concluye bajo la égida de Parsifal atacando a los «cristianos sociales», acusados de quedarse en las mediaciones, como si pudiera amarse a Dios sin la mediación del hombre, y como si pudiese producirse una cultura humanista desde el capitalismo.

Es evidente que a esta derecha hay que ayudarla a exorcizar sus propios demonios, en cuanto tales nacidos en la caída del ángel, convertido en bestia inmunda.

Llagas de izquierda: Si publicas en «EL PAIS», ese olimpo de nuestros días, y deseas que no te echen, habrás de silenciar tus convicciones de fe, y no podrás defender la condición del hombre como fin en sí mismo.

Si deseas editar en cualquier editorial de prestigio, habrás de renunciar a poner en solfa los mitologemas y filosofemas de nuestros días, tan abundantes como hipócritamente a la vista.

Si quieres estar en la élite comercial del poder habrás de practicar la hiper-crítica frente a la derecha y la acrítica respecto de la sedicente (sin serlo) izquierda. Tendrás que asumir sin rechistar lo que exija la opinión pública. Deberás firmar cuantos panfletos y escritos queden bien de cara a la galería, asumir todo tipo de simulacros de desencantamiento, gestos aparatosos de rebeldía o similares para mantenerte en las listas de éxito, mientras cortejas en secreto el poder y los bienes parafernales de la razón instrumental con la chequera en la otra mano.

Hoy, en efecto, la prepotencia está en la izquierda retórica, precisamente cuando la izquierda se ha evaporado del occidente. A esta retórica inflada conviene responderle desde la modestia trabajando con seriedad. Pues lo que hoy define al sedicente izquierdismo es, de una parte, la tremenda pereza, y, de otra, la inadecuación entre sus palabras y sus gestos.

A esta izquierda hay que ayudarla a que abandone el reino ideológico en que se ha encastillado pretendiendo ser alma bella y actuando como corazón duro.

Llagas de centro: Si te asomas a esos laboratorios en que a toda costa se busca quedar bien, con un calculado oficio diplomático, comprenderás que allí reina la más profunda incultura, pues no hay cultivo de nada, simple rapiña de acá y de allá para no desentonar, pura estrategia sin contenido. Es un mal que afecta a todos los Vaticanos de la Gran Derecha y de la Gran Izquierda, que corroe a centrales sindicales y a partidos políticos, más atentos al reparto de la tarta que a la construcción de un nueva creación.

Si lees con espíritu crítico también encontrarás mediocridad y ninguna voluntad propositiva en los Teólogos de las Iglesias del Poder, siempre haciendo guiños a la cámara, hoy en nombre de las grandes ideas que ayer fueron grandes tabúes, y así siempre. Ciertos progresistas son maestros en estas artes, y se caracterizan por moverse de continuo en la cresta de la ola, pinte lo que pinte, pase lo que pase...

Evidentemente, a este centro se le debe ayudar a descentrarse, a apostar por el gran aire de las calles y plazas, a ser de verdad búho de Minerva y no mero mochuelo de olivo.

VI: Desde el Instituto Emmanuel Mounier tenemos, pues, la convicción de que nuestro lugar está en la elaboración de una nueva cultura del hombre y una nueva praxis social a la altura del bimilenio venidero. Esta mies es mucha, y nuestros trabajadores pocos, pero suponemos que a mayor cantidad de gavillas recogidas, más necesidad de sembradores. Lo que nos asustaría (el pesimismo terrible) sería dar todo por perdido, o todo por ganado.

Nosotros editamos de momento, aunque da vergüenza hablar de tan parvo logro junto a tan magna exigencia, una revista cuatrimestral, ACONTECIMIENTO, con las cuotas que los miembros del Instituto pagamos. También estamos coeditando la Obra de Mounier en la Editorial «Sígueme». Pero quisiéramos elaborar un gran plan de formación de militantes, y —el gran sueño— una Biblioteca de Pensamiento Personalista, pues todos los grandes pensadores que durante la dictadura han sido en occidente nos son de una u otra forma desconocidos en nuestro país. Hemos mendigado por todas las editoriales teóricamente sensibles al personalismo, hasta el presente con un rotundo fracaso; en el más favorable de los momentos se nos reconoció al menos teóricamente la necesidad de llevar a feliz término este proyecto, pero también que resultaba inasumible económicamente, al estar desertizado nuestro país para este tipo de lectura.

Así que el Instituto, mirando ya hacia la sociedad española, ha de asumir la tarea de conciencia crítica, o, si se quiere, de mala conciencia: Este pobre Instituto se preocupa sin medios de lo que debería constituir atención preferente para quienes hablan del hombre y quieren un humanismo no a la altura de las palabras, sino a la altura del hombre mismo, con una opción preferente por los más castigados.

Quizá en esto pueda consistir nuestro más sincero y humilde servicio a la sociedad del futuro: En la perseverancia inteligente con proyectos creativos en favor del hombre. Tal vez entonces los personalistas bien formados a quienes tanto necesitamos puedan convencerse de que este Instituto es totalmente el suyo, y de que realmente no nos mueve a sus actuales miembros ninguna intención patrimonialista.

VII: No es posible, por lo demás, ninguna fe carente de cultura, sea cual fuere el sesgo de esa fe. Pero tampoco es posible compatibilizar cualquier fe con

cualquier cultura; así que a una fe cuya mediación es el hombre, imagen de Dios, ha de acompañarle una cultura mediada por el hombre y realizada por personas.

Y si esto es así, entonces siempre estaremos evangelizando en la frontera, porque el hombre es, de suyo, una realidad fronteriza, que al tratar de hacer el ángel compone el cuerpo de la bestia, y que incluso desde esa su condición hay más cosas en él dignas de admiración que de desprecio. Sabiéndonos a nosotros mismos extraordinariamente necesitados de conversión podremos igualmente con-vertirnos recíprocamente. Amigo Platón, pero, siempre, más amiga la verdad. Esto es nuestro deseo. Y esta es vuestra casa: Gainza 19,5, dcha. 28041 Madrid. Vuestro interés por nosotros constituye el principio de nuestra con-versión a vosotros. Gracias.